

Hoñueras en La noche

Capítulo 2

Cuando salieron al aire nocturno, los sonidos de los pasos apresurados de los enanos se mezclaban con los gritos de rabia y dolor del troll y los orcos. No se demoraron en mirar atrás y tanto Beleghir como Larmisil echaron a correr tras los enanos.

Antes de que pudieran alcanzar la columna, vieron cómo el grupo llegaba al río, deteniéndose y acercándose a lo que supusieron debían ser las barcas. Al acercarse, vieron a un enano sentado en una roca vigilando con el hacha en la mano y una pipa en la otra, éste, dedicó una sonrisa a Larmisil antes de decir:

— Mucho has tardado en alcanzarnos, patas largas — El dúnadan devolvió la sonrisa al enano — Maese Nordri, para tener unas piernas tan cortas, nos lo ponéis difícil — Nordri hizo un gesto, dirigiendo la mirada más adelante, donde los enanos se estaban congregando — Tu compañera te buscaba, date prisa, no tardarán mucho en seguir nuestro rastro.

El dúnadan inclinó la cabeza agradeciendo el aviso y seguido por Beleghir se acercaron al lugar donde se estaban agrupando. Al verlos llegar, hubo unos intercambios de susurros y la voz de Laeghir se escuchó con fuerza.

— ¡Larmisil! ¡Beleghir! ¡Venid rápido!

Cuando se acercaron, se hizo el silencio entre los enanos y pudieron oír a Borko enfrentándose a Laeghir

— Humana, el barco es para Trorr y sus guardianes — dijo señalando con su mano enguantada a la matrona y a Trorr, quienes estaban junto a él — No se va a quedar en esta orilla infestada de Orcos.

Laeghir, con el entrecejo fruncido y los brazos en jarras con las manos en la cintura, se estiró en toda su altura antes de responder

— Borko, hay un vado para cruzar el río a unos doscientos pasos al norte y hay jinetes de Húargos — se tomó una pequeña pausa para que sus palabras calaran en todos los enanos — Queremos que piensen que los más importantes de nuestra comitiva se dirigen al otro lado del río, para que tengan que dividirse y no nos cacen como ratones. — Una nueva pausa, esta vez señaló a los enanos que había alrededor — Trorr es tan importante para vosotros como para nosotros — inspiró profundamente — Escoge a cinco de tus hombres, los más rápidos y que menos peso carguen y, si llevan escudo y armadura, mejor.

Borko miró con dureza a la dúnadan unos segundos antes de soltar un juramento y se dirigió a los enanos dando órdenes y gritos. Laeghir, cuando reparó en los dúnedain, se acercó y saludó a Larmisil agarrando su antebrazo y al separarse, ella fue a hablar, pero el dúnadan se adelantó.

— Yo acompañaré a los enanos al otro lado del río, sabes que conozco esta zona como la palma de mi mano — ella guardó silencio, se quitó uno de los guantes y le entregó a Larmisil un sencillo anillo de hierro con una inscripción — quédate con esto, puede que te ayude.

Larmisil miró el anillo y lo tomó en sus manos – Sabes que no creo en supercherías, pero... – Se quitó una cadena del cuello en el que se veía un colgante de una rosa labrada e introdujo junto a esta el anillo, volviéndose a colocar después la cadena – Toda ayuda será bienvenida.

Beleghir permanecía en silencio, él también había escuchado a Laerghir y sabía a qué se iba a exponer, había visto lo que esas criaturas eran capaces de hacer si no eras capaz de abatirlas a tiempo. Quiso hablar, pero al intentarlo se le hizo un nudo en la garganta, el dúnadan le miró y le revolvió el cabello

– Vamos, Rapaz, arriba ese ánimo, no es la primera, ni será la última vez, que me meto de lleno en la boca del lobo.

Se rió de su propio chiste, Beleghir sonrió muy tímido y dijo:

– Pero tío, que le diré a padre si...

– Beleghir, tú tienes que cuidar de Trorr y hacer caso de lo que diga Laerghir, no le des vueltas a cosas que se escapan de tu control – le dio un beso en la frente para después añadir con una sonrisa y un guiño – Ah, y no nos hagas quedar mal delante de estos “barbas largas”, que luego no hay quien les aguante.

En ese momento, Borko junto a cinco enanos se adelantaron hacia Laeghir. El joven dúnadan con un nudo en la garganta todavía, retrocedió un par de pasos y el líder enano con una voz firme y un gesto adusto habló.

– Estos son mis hermanos y camaradas, os acompañarán al otro lado y seguirán vuestras indicaciones – Larmisil tomó la palabra y los miró de arriba abajo llevándose una mano al pecho a modo de saludo.

– Danil, Drec, es un honor disfrutar de vuestra compañía una vez más, Armil, nunca había visto un martillo tan... puntiagudo, Nordri, espero ser capaz de seguirte el ritmo y este... ¿Geas? Ese escudo... ¿es una sartén? – El enano sonrió con orgullo y dijo – Auténtico acero enano, lleva tres generaciones en mi familia.

Laeghir intervino en ese momento, interrumpiendo la conversación y, alternando la mirada entre los enanos y el dúnadan, dijo:

– Coged los botes e id al otro lado del río, que uno de vosotros vaya con la capucha puesta y que actúe como si protegiese un bulto – hizo una pausa – aún queda tiempo para el amanecer, dejad rastro, pero evitad que os encuentren y si tenéis que pelear, hacedlo para huir.

Dirigiéndose esta vez a Larmisil, puso una mano sobre su hombro.

– Haremos un alto en el puente más allá del Marjal, si la suerte nos acompaña. Puede que, en unos cuatro días, si no os vemos allí, – parecía que las palabras no querían salir – continuemos sin vosotros.

Larmisil dedicó una sonrisa a la dúnadan al notar el apretón en su hombro.

– Puede que tardemos un poco más, a fin de cuentas, tienen unas piernas muy cortas – dedicó una sonrisa radiante e inocente a los enanos que lo miraban con el entrecejo fruncido – Pero no te será tan fácil librarte de mí.

Manteniendo la sonrisa, se alejó de Laeghir en dirección a los botes, ayudando a los enanos a subir sus cosas y Drec, poniéndose la capucha y tomando un zurrón con comida en los brazos subió el primero al bote. Laeghir miró a Beleghir, cuyo rostro hablaba por sí solo.

– Beleghir, no te alejes, pero comprueba que todavía tenemos tiempo.

Mientras el joven dúnadan se marchaba, ella recogía unas ramas secas y las amontonaba.

Borko silencioso, la miró con curiosidad y ella, sin levantar la vista continuó hablando:

— Estoy segura de que vais bien provistos de Galenas dulce, o Tabaco de Occidente, como lo llama mi gente — una pausa mientras la yesca y el pedernal chocaban, soltando chispas — Vamos a hacer una hoguera y a quemar todo el tabaco posible, todavía tenemos tiempo, los orcos no saben de los botes o si no ya habrían caído sobre nosotros.



Con un chisporroteo las hojas prendieron y una tímida llama empezó a acariciar la madera apilada, con una sonrisa de triunfo, Laeghir se puso en pie y tomando su falquitrera, la vació sobre la hoguera, luego se dirigió de nuevo a Borko.

— Maese Borko, con esto causaremos que los huargos tengan un buen dolor de cabeza y nos dará algo de tiempo para que nosotros podamos continuar hacia Moscagua y... — dirigió la mirada a Larmisil y a los enanos — que ellos tengan una oportunidad.

El primero de los botes se deslizaba ya bamboleante sobre las espumosas aguas del río con Larmisil, Drec y Armil seguido de cerca por el bote que conducía Nordri, junto con sus compañeros Geas y Danil. Una vieja cuerda remendada varias veces unía los dos botes por seguridad, ya que las rápidas y profundas aguas del torrente eran muy traicioneras para dos embarcaciones de esa calaña, y más aún en la penumbra de aquella noche de exigua luna.

En un principio, siguieron a propósito cerca de la orilla infestada de enemigos, con la esperanza de que alguno de éstos se fijase en el señuelo en que se había convertido Drec, simulando llevar a Trorr entre sus brazos. Pero la oscuridad de la noche, el humo tóxico de las hogueras cargadas de tabaco y la neblina que reinaba en las márgenes del torrente imposibilitó que los orcos y los huargos repararan en la treta. De hecho, Larmisil y Nordri, ambos al mando de los dos botes, intentaban quedarse aún cerca de la orilla para ser detectados, pero la corriente cada vez más fuerte comenzó a llevarlos a la margen contraria y aguas abajo con más premura de lo que ellos podían controlar y desear.



Un viento repentino empezó a soplar haciendo que se disiparan las nubes de humo y aclarando la niebla reinante. Y entonces, los orcos y huargos, ya reorganizados, empezaron a recobrar la vista (y el olfato) perjudicados durante este tiempo por la treta de Laeghir.

A lo lejos, entre los jirones de niebla, pero aún a poco más de un tiro de flecha, se oyó el llanto de una pequeña criatura, el inocente Trorr se había delatado...

En ese momento, y ante el horror de Larmisil y compañía, se escuchó una áspera y gutural voz de orco que gritaba:

— ¡Ese inmundo retoño enano sigue en este margen del río! ¡Creo que van a cruzar el vado al norte! ¡Olvidaos de los botes, eran un señuelo! ¡Capturad a ese niño! ¡Matad al resto!

Cuando nada más parecía que podría empeorar la situación, la fuerza de los remolinos de agua separó de repente los botes, tensando tanto la vieja cuerda, que ésta se rompió. La barca de Nordri salió impulsada hacia la orilla quedando encallada en un saliente de roca en el lado opuesto en el que corrían ahora sus amigos y enemigos.

Larmisil, Armil y Drec intentaban desesperadamente controlar la embarcación que se dirigía girando sobre sí misma y sin control aguas abajo, cabalgando entre la espuma de los rápidos. La pequeña barca parecía un corcho flotando a la deriva... A lo lejos, cada vez más débiles, pero igual de espantosas, seguían llegando las voces de los orcos.

— ¡Esos desgraciados se dirigen al camino! ¡Llevan a Trorr hacia el Último Puente sobre el Fontegrís! — gruñía uno de ellos.

— ¡Cuidado con apuntar bien las flechas! ¡Recordad que el “Jefe” lo quiere vivo! — ordenaba el que parecía el cabecilla de la partida de trasgos.

La situación era desesperada pero la fuerza de voluntad y la habilidad de Larmisil y sus compañeros era tal, que en el último momento fueron capaces de volver a tomar el control de la barca y dirigirla a un lado de los rápidos. Habían vencido al río, pero aún quedaba la tarea más difícil: perseguir a un grupo de orcos a toda velocidad con un objetivo claro en mente, y esto les hacía el doble de veloces. Era una tarea titánica pero también lo era su fuerza y su tenacidad.

Sin tiempo para tomarse ni un descanso, emprendieron una carrera frenética para atrapar al grupo de orcos y presentar una batalla desesperada con el objetivo de salvar al niño a cualquier precio, aunque esto supusiera la pérdida de sus vidas en el intento. Con las armas en mano, atravesaron matorrales, cañas, hojarasca e incluso zarzas que les herían la piel y rasgaban sus ropajes, pero ellos sólo pensaban en llegar a tiempo de poder ayudar a sus camaradas. En unos momentos frenéticos de locura y nerviosismo, empezaron a atrapar las primeras filas de enemigos, pero iban tan deprisa que estos no pudieron siquiera avisar a los que iban delante de la sorpresa de verlos, y sus negros corazones empezaron a dudar y tener miedo ya que sólo héroes de gran talla y valía podían realizar la hazaña que estaban contemplando.

Los siguientes segundos se hicieron eternos para los orcos de vanguardia, puesto que, a sus espaldas, se escuchaba un bramido como el de un toro y un montón de gritos de dolor de sus camaradas.

Gurzagh, un fornido orco incluso entre los suyos reaccionó instintivamente haciendo un barrido de 180° con la espada, el cual habría cercenado la cabeza de cualquier enemigo de no ser porque Drec apenas medía un metro cincuenta, y la oscura hoja pasó por encima suyo llevándose solamente un poco de cuero cabelludo con su filo. Esto no le hizo nada de gracia al enano que, entre la inercia de la carga y el enfado, golpeó con todas sus ganas el brazo del orco partiéndole los huesos.





Conchi Agüera
2022

Conchi Agüera

Por su parte, Narmil, había superado toda la línea enemiga y, guiado por el llanto de Trorr, no cesaba en su avance, a pesar de que se le notaba excesivamente fatigado para el trayecto que llevaba recorrido. De pronto, una flecha silbó cerca de su oído e impactó cerca del pequeño.

— ¡Maldición! ¡Poned al niño cerca de mí, yo le cubriré con mi cuerpo! — gritó.

Los dunedain a los cuales llegaron esas palabras no podían creerlo, ese loco iba a dar su vida por el bebé, debía de ser alguien más importante de lo que parecía a priori. Mas, sus palabras fueron un mal presagio y tres flechas se clavaron en su espalda haciéndole caer al suelo de modo que hincó las rodillas y codos cubriendo al retoño bajo él. El resto de los enanos soltaron un aterrador aullido que hizo que todos los que había en la meseta se estremecieran, incluidos los dunedain. Una vez alcanzado tal punto de frenesí el destino de los trasgos y orcos ya estaba decidido. Huesos crujían rotos por los martillos, y las hemorragias causadas por los hachazos eran un espectáculo digno de ver, siempre y cuando fueses amigo de ellos o estuvieras a una distancia más que prudencial. Tampoco podemos olvidar a los dunedain que, tan pronto estuvieron recuperados de la sorpresa inicial, se unieron de nuevo a la matanza que se estaba llevando a cabo.

En pocos minutos, todo había acabado y se acercaron al cuerpo acucillado de Narmil. Larmisil se agachó en señal de respeto por el enano que cubría al bebé, cuando éste gruñó malhumorado “Ya que estás a mis espaldas, podrías quitarme esas agujitas”. El hombre dio un salto para atrás instintivamente y miró las flechas atentamente. No había sangre. Entonces, el resto de la gente baja fue con su camarada y le ayudaron a levantarse.

— Parece que llevar dos armaduras de mithril sí que es efectivo — dijo Borko en khazalid, elogiando la idea que tuvo su hermano de armas.

— ¿Acaso lo dudabas? — gruñó Narmil en respuesta, recuperando el equilibrio sobre sus cortas piernas. Salvo por el ritmo de su respiración, aún agitada tras el combate, el fornido enano parecía intacto. Borko le palmeó el hombro, y se agachó para tomar en sus brazos al niño.

Trorr ya no lloraba, pero sus ojos oscuros estaban muy abiertos por el miedo.

— Díma — llamó Borko.

El aya enana dio un paso adelante, devolviendo su hacha al cinto. La luz de la luna arrancó un destello a los aros metálicos trenzados en su barba.

Borko le tendió al pequeño Trorr, y ella lo cogió con cuidado, envolviéndolo en una tira de tela que después enrolló alrededor de su torso.

— El Dragón ya duerme — le susurró al bebé en su lengua materna.



— ¿Bajas? — la pregunta de Laeghir, formulada en Común, flotó un instante sobre ellos.

— ¡Mi cabellera! — gruñó Drec, con aquel fuerte acento que marcaba las erres.

— Ningún enano — confirmó Larmisil, tras contar veinticinco barbas y un pequeño bulto.

— ¿Beleghir? — inquirió Laeghir.

— Estoy bien — respondió el joven dúnadan, envainando su daga.

Laeghir asintió.

— Tenemos que ponernos en marcha — dijo — Ninguna de las dos orillas es segura, pero me atrevo a votar por ésta. Al menos está un poco más limpia.

Armil escupió sobre el cuerpo sin vida de uno de los Orcos a los que había dado la bienvenida con su hacha. Larmisil dirigió una breve mirada al enano.

— Ahora que nos hemos batido juntos — señaló, dirigiéndose a Borko — tal vez sea el momento de intercambiar algunas historias. No me gusta tener la sensación de que nuestro Enemigo sabe más de Trorr que nosotros.

Los enanos intercambiaron miradas. No eran un Pueblo propenso a compartir sus secretos. Y, sin embargo, aquellos Dúnedain acababan de jugarse el pellejo por el niño.

— Está bien — gruñó Borko — En cuanto nos alejemos de estos...

— Lo siguiente fue, probablemente, un elocuente insulto en Khûzdul.

— Lo hablaremos de camino — concedió Laeghir — aunque me temo que la ruta tiene que cambiar. El Enemigo espera que nos dirijamos directamente a las Ered Luin. Tendrán todos los caminos vigilados. Es probable que sepan ya cuántos somos. La treta de separarnos no funcionará otra vez.

— ¿Y qué propones? — inquirió Borko. Su intuición de enano le decía que la respuesta no le iba a gustar.

— Rivendel — afirmó Laeghir, con la firmeza de quien quiere cauterizar una herida lo antes posible.

Su propuesta fue recibida por un coro de gruñidos enanos.

— No hay otra opción — continuó — El campamento que los Orcos arrasaron era el único asentamiento Montaraz en millas a la redonda. Son muchísimos, están bien armados y tienen Trolls y Hurgos. ¿Se os ocurre algo mejor?

— Trolls, Hurgos, Orcos o Elfos. No puedo elegir — rezongó Armil.

Pero Borko dijo:

— Muy bien. La seguridad de Trorr es lo primero. Iré a ver a los Orejas Picudas si es necesario.

A pesar de que la propuesta de los dunadain parecía la más lógica, una sombra de duda cubría a Borko, seguía pensando que pedir ayuda a los elfos no era un plan totalmente seguro, y no quería arriesgar ni de lejos la vida de Trorr, que había jurado proteger.

Y como en tantas ocasiones, la respuesta a sus temores se le plantó delante, en forma de pájaro. Un gran cuervo negro se posó en una rama a la altura de su cabeza y graznó dos veces, como queriéndole decir algo que no llegó a entender. Laeghir se acercó y preguntó:

—¿Qué sucede? ¿Por qué miras con tanta atención a ese pajarraco?

Pero en ese momento se oyó el inconfundible sonido de un cuerno, alto y claro, llamando a todo el que pudiera oírlo.

— Ese es un cuerno enano, seguro, ¡o yo soy un orejas picudas!

— exclamó esperanzado Drec, que hizo sonar su cuerno para responder a la llamada.

Otra vez se oyó el sonido de un cuerno por el sur. Los enanos estaban eufóricos.

Pocos minutos pasaron hasta que el sonido de un tropel de enanos se acercó hasta ellos. Eran unos enanos un tanto raros para los ojos de los dunedain, muy diferentes a sus barbudos compañeros — ¡Son de los Puños de Hierro!, ¡Han respondido a la llamada para proteger al que será nuestro Rey!, ¡Han venido desde el lejano Este! — gritaron jubilosos los enanos.

La alegría de los enanos al ver a sus parientes del Este era palpable. Laeghir intuyó que parte de esta se debía a que la necesidad de desviarse hacia Rivendel ya no era tan acuciante. Era consciente de que visitar ese lugar disgustaba enormemente a los enanos, convencerlos de tomar esa ruta en estos momentos iba a resultar difícil.

Cansada, buscó un lugar donde sentarse a cierta distancia. Los enanos se saludaban efusivamente como si se conocieran desde siempre, mientras hablaban en esa extraña lengua suya que le resultaba incomprensible.

Sus compañeros dúnedain se unieron a ella en la fría roca que había escogido como asiento sin decir nada, uno a cada lado. Larmisil observaba atentamente a los enanos como si pudiera entender lo que decían y Laeghir no pudo evitar notar que llevaba el anillo de hierro que le había regalado colgado por fuera de la ropa, parecía que hubieran pasado días desde que se lo había dado.

— Tan siquiera hemos podido enterrarlos.

— ¿Cómo dices? — Ella se giró hacia Beleghir.

— Hemos tenido que abandonar los cuerpos de nuestros compañeros a las alimañas— lamentó en un susurro el chico con cara compungida.

Las palabras se atascaron en la garganta de Laeghir de modo que colocó suavemente la mano en el hombro del joven para ofrecerle consuelo.

Larmisil, concentrado en los enanos y ajeno a la angustia de su sobrino, exclamó:

— Parece que están discutiendo y da la impresión de que tiene que ver con nosotros.

Sin duda, los enanos conversaban acaloradamente al tiempo que desviaban sutilmente la mirada hacia ellos.

Al poco, vieron cómo Borko se acercaba con una expresión indescifrable en su cara.



Sin embargo, la indescifrable expresión en el rostro de Borko no produjo ninguna inquietud en el ánimo de Laeghir.

A pesar de su juventud, a ojos de los enanos o de los elfos, aquella guerrera había acumulado la suficiente experiencia como para estar preparada para afrontar lo inesperado en cualquier circunstancia. Había aprendido a no dar nada por supuesto, ni a esperar que los sucesos se concatenaran sin ninguna lógica desde el preciso momento en que se comienza a verter sangre, hasta que el combate terminara con la muerte del enemigo, o con la suya propia.

Además, conocía perfectamente la inclinación del carácter de los enanos a preservar celosamente la intimidad de sus pensamientos ante los desconocidos.

Esperaba, sinceramente, que Borko la considerara como una amiga fiel, ya que así era como ella consideraba al enano, a pesar del poco tiempo transcurrido desde que se habían conocido, pero intuía que Borko no podía permitirse transgredir el hábito social de los enanos ante la compañía de Puños de Hierro recién llegada desde el Este.

Sabiendo que tal muestra de respeto sería del agrado de los Puños de Hierro, se levantó de la roca y ordenó sutilmente a Larmisil y Beleguil que la imitaran. Fuera lo fuese que Borko tuviera que comunicarles, ellos iban a escucharle puestos en pie, como hubiera hecho ante su propio capitán.



Lo que ninguno de los enanos, ni tampoco los tres montaraces conocían, era cuán de cerca y desde cuándo estaban siendo observados. Antes de unírseles los Puños de Hierro, habían dejado el escenario de la contienda convencidos de que aquella matanza haría que cualquiera se lo pensase dos veces antes de seguirlos. Y, sin embargo, tan sólo unos instantes después de que aquella curiosa tropa se adentrara en la floresta, tres siluetas flotaban entre los cadáveres.

Su sigilo era tal, que ninguno de sus movimientos al examinar los cuerpos quebraba un ápice el frágil silencio asentado tras la batalla.

«Vigorosos, pero toscos... Es una suerte que no hayan sufrido bajas», pensó el más alto de los rastreadores, acuelillado. «También son enanos, pero de distinto origen, a juzgar por el olor en el aire y el modo de luchar. Su grupo es algo inferior al otro. Poco más de una veintena... y tres hombres», se sorprendió. Justo en ese momento un cuerno rasgó la noche. El explorador se puso en pie como un resorte, y su capucha, hasta ahora calada, cayó como la niebla que se hundía en el valle, revelando una larga melena que doraba la luz lunar y aclaraba las sombras alrededor.

Mientras las tres siluetas nadaban en dirección a la llamada a través del mar de abedules que componía aquel bosque, apenas perceptibles como otras sombras grises de corteza blanca, el líder seguía tratando de descifrar a dónde lo llevarían todas las preguntas que empezaba a acopiar. «Esos orcos... no son los causantes de la masacre del campamento dúnadan. No. Había un peso más grave, una sombra mucho más densa y oscura», se obligaba a volver a pasar por su corazón aquellas violentas percepciones. «Erandandil no habría caído tan fácilmente... La sospecha de Elrond no era infundada. Debo seguir tirando de la madeja, hasta el final», concluyó.

Tras un rastro visible a ciegas, allí estaban, los habían alcanzado. Eran más de medio centenar. Las tres siluetas se agazaparon para observar la escena, volviéndose invisibles. El tropel de enanos venidos del este al que llevaban siguiendo desde Hithaegllir, las Montañas nubladas, y el grupo superviviente a la batalla se habían reunido algo por debajo de un collado calvo, torpemente guarecidos por arbustos, como un oso adulto entre helechos.

A un gesto del líder, los dos compañeros partieron en direcciones opuestas, decididos a descubrir toda guardia y cualquier peligro. Los jirones de nubes que, tercos, ocultaban la luna a cada instante, no impidieron que los ojos del explorador descubriesen la singularidad de cada rostro. Los 33 Puños de Hierro bien conocidos y el resto de nuevas barbas. También reconoció a Laeghir, aguerrida dúnedenith bienvenida en Imladris, y a Larmisil, a quien, sin él saberlo, había salvado el cuello una noche de guardia aletargada. No conocía al joven, pero no le sorprendió. Sabía de la costumbre dúnadan de lanzar al campo temprano a sus jóvenes, así pudieran madurar rápido.

Lo que le intrigó fue la presencia de aquel bebé, quien, a la vista de la indumentaria del nuevo grupo de enanos, no pudo deducir descendiente del pueblo de Durin como el resto del tropel. Aquel pueblo estaba muy agitado desde la batalla de Azanulbizar, siete lunas atrás, donde sólo ganaron perdiendo a muchos de los suyos.

Tras unos minutos, los dos rastreadores regresaron a los flancos del líder y le comunicaron la ausencia de guardias negando ligeramente con la cabeza y esbozando una sonrisa en la que revoloteaba el desprecio. La mayoría de los enanos estaban reunidos, debatiendo algo que concernía a todas luces al bebé y los tres hombres. De improviso, el enano más fornido de aquella pequeña legión se acercó a los montaraces, que, aunque visiblemente agotados, se pusieron en pie.

—No volveremos atrás —Pudo escuchar el observador decir a aquella pequeña montaña de hierro enmarañado, aguzando el oído como pocos incluso entre los de su pueblo podían—. No necesitamos ayuda de orejas picudas, ¡y menos aún escondernos en su refugio! —escupió el enano—Seguiremos hacia nuestro destino, sin vosotros. ¡Este asunto no os concierne! —bramó—.

— Pero no creáis que el pueblo Khazâd es desagradecido. Esta noche os regalamos la seguridad de dormir a nuestro lado, y mañana os daremos las gracias y el adiós. ¡Buena noche!

La réplica estalló al instante. Laeghir y Larmisil no aceptaban aquella decisión. Sin embargo, los enanos no les prestaron la más mínima atención y Belegir, aunque joven, supo calmarlos. Poco a poco cada cual fue sacando de su petate lo necesario para hacer noche al raso. Los tres observadores, aún agazapados, no sintieron la necesidad de alejarse cuando se destinaron varias guardias, en parte debido a su innata habilidad para pasar desapercibidos, en parte debido al hidromiel que habían visto rodar entre los enanos.

En la hora previa al alba todo el campamento dormía. Los tres exploradores, empero, habían permanecido alerta, si bien en un estado de descanso. El líder hizo una larga inspiración llenando su bajo vientre, después de una pausa dejó ir el aire y, con serenidad, entregó su espada, daga, arco y carcaj a sus compañeros. Sin una palabra, se encaminó hacia el campamento.

Tan sólo unos instantes más tarde, algo, tal vez una voz en sueños hizo que Laeghir abriese los ojos poco a poco. Frente a ella, la alta figura de cabellera dorada se inclinaba para susurrarle unas palabras que la vigorizarían:

—Menether y otros seis montaraces están a salvo, escoltados, camino a Rivendel —Después, alzando un poco la voz, añadió—. El alba está por llegar, mi señora —Mientras así hablaba, los ronquidos cesaban y cierta tensión despertaba—, y si juntos despejamos las dudas que aparezcan en el camino, no habrá sombra alguna que temer —Sonrió, dando la bienvenida al filo del cuchillo que había aparecido junto a su cuello.

— ¡Vaya, vaya! — prorrumpió Borko, hijo de Moimir y líder de los enanos—. Un elfo sorprendido por la espalda. En verdad vuestro pueblo languidece... ¿¡Quién eres!?! — bramó. La esbelta figura, sin perder la sonrisa, ni moverse, respondió: — Mi nombre es Glorfindel.



— Con que Glorfindel, ¿eh? ¿Glorfindel qué-más? — Dijo Borko con una teatralidad forzada. — Yo soy Borko, hijo de Moimir, y hablo por mis camaradas khazad. ¿Y vosotros? ¿Acaso ahora los Eldar os dedicáis a rapiñar enseres de batallas en las que no lucháis? — dijo señalando un puñal orco y un pliego de cuero que destacaban sobre la faltriquera de exquisita manufactura élfica — ¿Eso sois? ¿Carroñeros?

Acompañado de este intento de provocación hacia el elfo, Borko movía el puño derecho, y susurraba en khûzdul, como dando órdenes al resto de sus camaradas: — Muro de escudos protegiendo a Trorr y a Díma. Arcos preparados. Todos alerta, los orejas-picudas son grandes emboscadores y aún desconocemos su número.

— Y dinos, Glorfindel, si ese es realmente tu nombre, ¿quién te envía y por qué? Y a no ser que quieras que mi camarada Nordri te ensarte como un espeto y seas el desayuno de las bestias del lugar — detrás de Borko apareció Nordri con un arco listo para cumplir la orden — más vale que tus respuestas sean sinceras. Y no me digas que eres un viajero solitario... huelo el perfume de los vuestros a una cuadra de distancia si el ambiente no es demasiado hediondo...

Miró de reojo sonriendo a sus camaradas khazad, como si de una broma fraternal se tratase.



— Sois cuatro orejas-picudas, si mi olfato no me engaña... ¡mostrados si vuestras intenciones son honestas!

Borko giró la vista, aún protegido por el arco amenazador de Nordri, buscando entre la multitud hasta que encontró a quién buscaba:

— ¡Laeghir! Has demostrado ser una gran luchadora y una elocuente oradora. Espero que tú representes a los Dúnadan en este coloquio.

Y volviendo la vista al elfo:

— ¿Y bien, Glorfindel? Vamos a hablar o esperamos a que tu té de rocío esté listo... — y soltó una risa contenida.



—Hablemos— dijo el elfo de cabellos dorados, arqueando una ceja y con una sonrisa de medio lado. —Lo primero, señalar que no somos cuatro, sino tres. ¿Por qué os doy esa ventaja táctica? Os preguntaréis. Como muestra de que venimos en son de paz. Más información que os doy gratis, os teníamos localizados desde que salisteis de aquel agujero. No os dimos importancia hasta que notamos que os dirigís a Imladris. Y ahora es cuando pregunto, ¿por qué os dirigís a mi ciudad?

Laeghir respondió entonces:

—Necesitamos llegar a un sitio seguro y no hay ninguno que lo sea más que el Valle Estrecho— Borko la miró con el ceño fruncido y soltó un gruñido que hizo que se callara.

—Vale— Dijo Glorfindel entonces —Ahora es cuando explicáis por qué en esta nota escrita en lengua negra dice que capturen con vida al bebé. ¿Quién es ese bebé que viaja con vosotros?

Los tres quedaron en silencio un momento, mirándose fijamente los unos a los otros, esperando por ver quién se quebraría primero. Poco a poco, más miembros del campamento se acercaban a contemplar la escena. El duelo de miradas fue interrumpido cuando, del linde del campamento apareció raudo un elfo que, al llegar a su altura, echó hacia atrás su capucha de un gris verdoso.

—¡Elrohir!— Dijo Laeghir.

—No— Respondió él —Mi hermano está acompañando a un grupo de montaraces heridos hasta Imladris. Soy Elladan.— Las mejillas de la dúnedénith se tintaron de rojizo cuando se dio cuenta de su error. —El color de vuestro rostro hace que destaque sobremanera el verde de vuestros ojos— Continuó diciendo, palabras que hicieron que la chica se ruborizara más aún; al tiempo que Larmisil se lamentaba de no ser tan hábil con el verbo.

El montaraz medio elfo prosiguió.

—La premura de mi llegada es para advertir de que acabamos de divisar una cohorte de orcos marchando hacia aquí que llegarán en apenas dos horas.

—Tocamos a poco más de ocho orcos por cada enano, no parece una lucha justa— Dijo Armil.

—Sois versado en las matemáticas, amigo naugrim— Respondió Elladan —Un tercio va montado en hurgos. ¿Y veis ese nubarrón oscuro que se dirige hacia aquí? Lo ha conjurado el jinete negro que los comanda, para proteger de la luz solar a sus dos trolls. Las cuentas ya no os son tan favorables, ¿verdad?

El enano bufó, cruzándose de brazos.

—No podemos enfrentarnos a uno de los Nueve y a una cohorte orca. No en campo abierto— Sentenció Glorfindel.

—Si decide galopar, en media hora llegarán aquí— Añadió Larmisil.

—Borko, hijo de Moimir, creo que está claro lo que debemos hacer— Dijo el líder de los Puños de Hierro, apartándose junto a él del resto del grupo.

—Kastal, hijo de Verchen, ¿no estaréis sugiriendo que...?— Contestó Borko.

—Sé que eres un buen estratega, por lo que ya habrás tenido esto en cuenta. Si nos quedamos a presentar batalla, es posible que capturen a Trorr, segundo en la línea de sucesión al trono de Durin. Si nos replegamos, más pronto que tarde nos darán caza, por lo que igualmente habremos fracasado. Si queremos triunfar, hemos de dividirnos, los Puños de Hierro os daremos el tiempo necesario para llegar a esa ciudad élfica y ponerlos a salvo. Y por mi barba dorada os juro que no me rendiré hasta haber cercenado al menos un centenar de inmundas vidas de esas criaturas de la oscuridad.

—Entonces, esto es una despedida— Respondió Borko al tiempo que abrazaba a su hermano de armas.

—No escribirán que los barbiluengos abandonamos a nuestros iguales— Proclamó Drec —Además, prefiero caer de manera honorable antes de que Glinda vea mi cabeza llena de vendajes como está ahora. Prometo guardaros un sitio en el gran banquete de los salones de Aulë. Ahora partid, no hay tiempo para más despedidas.

Finalmente, otros doce enanos acompañaron a Drec en su decisión mientras el resto partió rumbo a Rivendel. Glorfindel y Laeghir dirigían la comitiva, seguidos por Borko y el resto de los enanos. Los otros montaraces, Elladan, Larmisil y Belegir, cerraban la columna. Ellos tres eran los encargados de borrar el rastro para evitar, o al menos dificultar, ser perseguidos.

A poco más de una milla del río Bruinen, Elladan se detuvo un instante.

—¿Habéis oído eso?— Dijo —Los primeros jinetes de huargo acaban de chocar contra el muro de escudos enano.

Los sentidos de los dúnedain no son tan agudos, así que no podían más que creer las palabras de su compañero, pero Belegir respondió:

—Se han quedado cuarentaiséis enanos para enfrentarse a cuatrocientos ochenta orcos.

—Esos enanos sin duda son valerosos. Espero que aguanten suficiente, pero desde luego, venderán caras sus vidas— Añadió Larmisil, mientras rizaba con la yema de sus dedos la punta de su bigote, al tiempo que miraba al horizonte.

En vanguardia, también Borko se quedó un momento quieto. Él no podía oírlo, sin embargo, un escalofrío le erizó la piel en ese preciso instante. Laeghir se giró y apoyó su mano de forma compasiva sobre el hombro del enano. No era necesario que usaran palabras, pues ya se habían entendido mutuamente. Eran ahora trece enanos, tres humanos y tres elfos y reanudaron su marcha hacia la ciudad oculta.

